

GEOPOESIA

Cartografía Geológica

*De como desentrañar los secretos de la tierra,
De como aprender a conocerla y quererla
De como dibujar su increíble historia,
Una ciencia para predecir sus enfados, furias y temblores
Un saber ser geólogo y amar la vida, la montaña y el universo
Un mundo para el hombre y una tierra para el mono "sapiens"*

Pep Gisbert

EXPERIENCIAS DE UN PROFESOR DE GEOLOGIA EN KAMCHATKA: CRONICA DE UN VIAJE A LA GEOLOGIA DE LA POST-GUERRA FRIA

Ricardo Martínez Ibáñez (1)

Enseñar Geología año tras año a personas cuyo interés por esta materia en ocasiones pasa más por huir de "Ciencias duras" que por comprender el planeta en que viven, en el ambiente cerrado del aula y el laboratorio, con esporádicas y escasas salidas al campo, puede llegar a ser una labor rutinaria. Recuerdo que en la materia de Geología que cursé en tercer año de Biológicas no hicimos ni una sola excursión. A pesar de ello, tuve la suerte de asistir a las clases de D. Bermudo Melendez, que nos atendió en el segundo cuatrimestre. De lo que hicimos en el primero prefiero no acordarme. Alguna materia de las que estudié en la especialidad de botánica tampoco contribuyó especialmente a que amara la Geología.

Cuando los azares del destino dieron conmigo en la enseñanza media, recuerdo que el primer día que fui al Instituto, el Jefe de Estudios me dijo, como si fuera un castigo: "te ha tocado dar la Geología de COU". Ciertamente, no era la materia que más dominaba, pero no entendí mucho el carácter de "castigo" que parecía gravitar sobre el que daba esta materia: cualquier biólogo o geólogo que hubiera superado las oposiciones a Bachillerato estaba, teóricamente, capacitado para impartirla; a mí, como botánico y montañero aficionado, no solo no me resultaba extraña, sino que era una materia básica en mi "background" intelectual. Aunque había aprendido más leyendo que en la Facultad, la tarea de enseñar Geología se volvió pronto una pasión. Me matriculé en Geológicas, pero cuando en las prácticas de cierta Geodinámica nos trataron como a párvulos (cuaderno, revisiones sorpresa...) renuncié a perder mi tiempo en actividades que no me satisfacían del todo.

Una de mis frustraciones de estudiante de Ciencias de la Tierra autodidacta era el leer acerca de lugares, estructuras y paisajes de los que, como mucho, tenía referencias fotográficas en revistas y manuales: recordaba un personaje literario de las lecturas del Bachillerato, el "príncipe que todo lo aprendió en los libros", creo recordar

que de D. Jacinto Benavente. La privilegiada Geología de la Península Ibérica y del Archipiélago Canario permiten al amante de las Ciencias de la Tierra salvar esta situación: así que dejé bajo mis botas desde el manto de corrimiento de Gavarnie a las lavas del Teide y del Tinguatón. Leer a Humboldt, a Darwin, a Malaspina no eran mala inspiración. Y viajar, en soporte cartográfico, en alas de las sondas Voyager o Magallanes fue todo un desafío: aún recuerdo el frío que pasaba con mis alumnos de primer curso de bachillerato en Molina de Aragón, a las tres de la madrugada, junto al telescopio, en pleno Enero, observando el cometa Halley. Sin embargo todo esto no llegaba a colmar los deseos de conocer "in situ" aquellos lugares que año tras año eran obligada referencia en las clases de Geología.

Viajar es uno de los pocos lujos que el modesto sueldo de un profesor puede permitirle, siempre que no se sea muy exigente con los alojamientos y se esté dispuesto a la aventura, pues los veranos escolares son suficientemente largos. No creo que se doten plazas para docentes en la base antártica española, ni que mecenas alguno financie la pasión aventurera de sencillos "profes de Geología", así que con los ahorros del curso, un par de botas y un piolet, junto a la excusa de algún congreso (para optar a las ayudas del Ministerio), dediqué algunas vacaciones a viajar por los Alpes, el Sahara, los volcanes de Norteamérica o las Islas Hawaii. Hablar de esos lugares tras conocerlos, con material gráfico propio y una cabal idea de su realidad, supone un cambio importante en las clases.

Y por fin, a través de amigos estadounidenses, el verano del 93 surgió la posibilidad de conocer un lugar que desde que estudiaba Geografía en el antiguo Segundo de Bachillerato me producía una especial sensación de lejanía: ¡Kamchatka!

La península de Kamchatka, situada en el lejano Este de la Federación Rusa, forma parte del círculo de fuego del Pacífico, en concreto del arco Kamchatka-Kuriles. Por razones de tipo geopolí-

(1) Seminario de CC. Naturales. I B. "Villa de Vallecas" Madrid